

que así resultó una profanación del mito, pero al mismo tiempo una reivindicación. Lo que prueba dos cosas: primero, que es imbatible, que es una necesidad profunda del hombre. Segundo, que el arte nos salvará de la alienación total, de esa segregación brutal del pensamiento mágico y del pensamiento lógico. El hombre es todo a la vez. Por eso la novela, que tiene un pie en cada lado, es quizá la actividad que mejor puede expresar al ser total (A, 219-220).

El mito se vuelve un elemento básico del pensamiento moderno, pero, por eso mismo, se convierte también en factor cognoscitivo; la Verdad, en la concepción gnóstica, viene vestida de mitos y símbolos: «La Verdad no acude al mundo desnuda, sino que viene en tipos e imágenes. Uno no puede recibir la Verdad de otra manera», declara el evangelio gnóstico de Felipe (18).

Mas «El conocimiento de la Verdad es el acontecimiento de este siglo, no los viajes a la Luna, como piensan los giles» (A, 378), proclama Sábato.

En tanto, al conocimiento de esta Verdad inmanente, y en estrecha relación con el mito y la literatura, está el sueño; Sábato lo había enfatizado al hacer la ecuación del arte: «como el sueño y el mito es una ontofanía» (A, 197), puesto que «las ficciones tienen mucho de los sueños... el escritor sueña por la comunidad. Una especie de sueño colectivo» (A, 180).

Hasta aquí los motivos y temas, las etapas y experimentos vitales, así como los elementos constitutivos, aunque no reguladores, de sus reflexiones sobre el arte de novelar. De su odisea intelectual y de las situaciones espirituales y emotivas que lo llevaron, titubeante, a buscar una visión sistematizada del caos universal, surgió su mundo de símbolos y mitologías proteimorfos que rendirían la gran Verdad, apocalíptica e inescapable, a la que llegó por la vía de la gnosis.

II

El censo del infierno es la tarea manifiesta de la literatura en la concepción de Ernesto Sábato, y sólo al cumplirla podrá alcanzar la Verdad. Aunque parezca una hipérbole o una tendencia a exagerar, el novelista cree con firmeza en esta increíble posibilidad y no para obtener un mayor efecto literario —ya que le provoca un vómito «la sólo vista de unos de esos *cocktails* de artistas que hablan de la muerte mientras se disputan un premio municipal» (A, 445)—, sino para

(18) En *The Nag Hammadi Library* (*op. cit.*), p. 140, y comentario en *The Gnostic Gospels* (*op. cit.*), p. 133.

realizar algo trascendente, «útil», sacudir y despertar al hombre que sube al patíbulo de su destino.

Armado con el lema de Nietzsche: «Toda conquista, todo paso adelante, en la senda del conocimiento, es fruto de un acto de valor, de dureza contra sí mismo, de propia depuración» (H, 144), Sábato acomete primero, dentro del problema de la realidad—a veces se plantea retóricamente si no hay «muchas»—la cuestión del Mal al nivel cósmico. Su enfoque es más bien un desafío a las fuerzas cósmicas. Ya desde niño, nos asegura Sábato, había elaborado varias teorías en torno al dominio de este mundo, ante su experimento con el hormiguero, y parece haber quedado convencido de la posibilidad de que «Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso» (SHT, 438). Vuelve a insistir y a precisar, años más tarde, que esa hipótesis del Demonio triunfante fue convicción milenaria de «hombres intrépidos y lúcidos» que habían enfrentado la muerte y la tortura por haber develado el gran secreto:

... Una vez derrotado Dios, Satanás hace circular la versión de que el derrotado es el Diablo. Y así termina de desprestigiarlo, como responsable de este mundo espantoso. Las teodiceas que luego inventan esos teólogos desesperados son acrobacias para demostrar lo imposible: que un buen Dios pueda permitir que haya campos de concentración donde muera gente como Edith Stein, niños mutilados en Vietnam, inocentes convertidos en monstruos por la bomba de Hiroshima. Todo eso es un siniestro maca-neo. Lo cierto, lo indudable, es que el Mal domina la tierra. Claro, no todo el mundo puede ser engañado, siempre hay hombres que sospechan. Y así, durante dos mil años, han enfrentado la tortura y la muerte por atreverse a decir la verdad...

... Según los gnósticos, el mundo sensible fue creado por un demonio llamado Jehová. ... Dios... al fin envía al Hijo para que temporariamente habite el cuerpo de un judío. De ese modo se propone liberar al mundo de las falaces enseñanzas de Moisés, ese profeta de Jehová, es decir del demonio...

Retenemos, además de la idea de que Dios no es la misma persona con el Creador, que hay personas iniciadas que tratan de desenmascarar el terrible secreto, Sábato pone a unos de sus personajes, cierto profesor Alberto J. Gandulfo, a explicar y argumentar toda la cosmogonía y las creencias gnósticas a lo largo de varias páginas (A, 363-377).

Prosiguiendo su pesquisa por la suprema etapa del conocimiento, la gnosis, el novelista presenta primero el martirio de varios amigos—entre ellos el de Oscar Domínguez—, así como de un personaje

principal de su novela *Sobre héroes y tumbas*, Fernando Vidal Olmos, pero en su último libro es él mismo quien experimenta esta vía de iniciación. La ansiedad neurótica del *Informe sobre ciegos* (SHT, 427-583) existe también en *Abaddón, el exterminador*, sólo que el protagonista convertido en paranoico. F. Vidal Olmos, es ahora un enfermo con la fobia de la ceguera y de todo ciego en general.

La falta de gnosis es la oscuridad, es *hamartia*, el pecado, enseñan varias sectas gnósticas, y cualquiera que anda en ese pecado y sigue las órdenes del demonio es un ciego. Sábato discurre largamente (SHT) sobre ciegos de nacimiento, ciegos que han perdido la vista por accidente (de segunda categoría, ante el demonio), de la red conspirativa de éstos, que él llama la *Secta de los Ciegos*, así como sobre las jerarquías y los lugares siniestros que componen esta organización ominosa. Los paisajes infernales, las pruebas diabólicas y la serie de eventos espantosos (en SHT) no aterran tanto como la descripción de las ciegas, retratos de horror telúrico que únicamente Salvador Dalí supo plasmar en su alucinante cuadro titulado *Santa Lucía*.

Al tratar de penetrar la secreta Secta de los Ciegos, Ernesto Sábato recurrió al inconsciente junguiano, transfiriendo en ello todas las asociaciones psíquicas fantásticas que poseían las ideas gnósticas y su símbolo de ceguera. Y para que esta asociación libre se efectúe, el autor usa mayormente el sueño, como medio principal en el conocimiento de la realidad. C.-G. Jung recalca (19) que los símbolos oníricos son manifestaciones de una psique que está más allá de lo consciente y así, por los sueños, las fuerzas instintivas influyen la actividad de la mente consciente. Esta biunivocidad crea una realidad palpable en las novelas de Sábato, dando toda la fuerza necesaria a la argumentación gnóstica. De modo que la novela escatológica *Abaddón* no es solamente la autobiografía de su autor —como bien lo subrayaba S. Bacarisse (*op. cit.*)—, sino también su autopsicografía. Las dimensiones e implicaciones de su apego a las doctrinas gnósticas, y en especial a la profesada por Valentinus, superan los límites de este ensayo. Cabe pasar revista, no obstante, aunque sea sucintamente, a los males que el dominio diabólico inventó en los últimos siglos de la historia humana: primero, el Iluminismo y el pensamiento ilustrado que trajeron el culto de la ciencia y la «alienación tecnológica» (A, 215). Para Sábato la crítica de la tecnolatría se extiende también a la del progreso —recordando a G. Sorel— y de la razón para que trata de eliminar lo inconsciente de la vida del hombre.

Una tercera dimensión humana ofrecían las doctrinas gnósticas, que

(19) En *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Biblioteca Universal Caralt, 1977.